

25467

EL VIEJO VERDE



CRÓNICA MUNDANA

Redacción y administración: Factor, 4, entresuelo. :: Apartado de Correos 515 :: Teléfono 3.951

16 páginas, 5 céntimos
25 ejemplares, 75 cts.

MADRID, 30 AGOSTO 1914

Se publica los domingos
Año I :: Número 10



Mademoiselle Silvia Rosier

Estupenda artista francesa. ¿No les entra a ustedes deseos de comer carne de parrilla? A nosotros, sí.





LA GUERRA

En los macizos de los Vosgos

Los francesas me guían a los Vosgos, desde donde he de hacer informaciones. Son mis guías—menos torcidas que las del bigote del Kaiser—dos lindas muchachas, estiraditas ya, y ya con cada cosa en su lugar. Bordan en diecisiete abriles, mes más, mes menos. Las dos creo que tienen el mes de más.

Conmigo bordeaban, no hace mucho, las faldas de los Vosgos.

¡Ruda tarea la de bordear estas faldas escarpadas e inaccesibles, al extremo de que en más de una ocasión mis «acompañantas» han desmayado, y yo, sirviéndome de mis propios brazos, he tenido que subirles las faldas!...

Pero los momentos de más grave apuro han surgido al tratarlas de subir pecho arriba a los macizos de los Vosgos, en donde *andan* o *ruedan* escondidas las piezas de los artilleros franceses.

Yo, en mis tiempos de bravo cazador, allá en mi humilde aldea de la Rioia, he subido por muchos pechos y repechos; pero no recuerdo de otros tan macizos como estos de los Vosgos.

Cuando ya en la cumbre he contemplado estos pechos debajo de mí, palpitaban aceleradamente mis vísceras, y dejando a mis guías en el suelo, las he interrogado de esta suerte:

—Y bien, queridas indígenas, ¿es qué, como dice el cuplé, «esto ha sido una *envosgada*» o no conocéis el terreno que pisamos? No veo ningún francés...

Por toda respuesta un cañón detonó en nuestras mismas narices. El resplandor de la explosión nos abrasó las cejas.

Entonces, una de mis guías, algo quemada, me replicó:

—Están ahí; son los francotiradores y los artilleros del 70.

—¡Del 70! Debe ser un calibre regular, ¿no?

Pero de contestarme se encargó la otra guía, que acababa de explorar en rededor:

—¡Chicos!—exclamó—. ¡Chicos, hay lo menos seis regimientos, y una de piezas que no tienen fin!

Después prorrumpió en sollozos, asegurando que las daban mucho miedo, que en su vida se las había visto más gordas, y, en fin, que renunciaba a sus servicios de guía...

Dicho esto desapareció, triscando como un cabritillo, Vosgos abajo.

Bajo del manto que la noche comenzaba a extender, negro y espeso, nos cobijamos, juntos, muy juntos, al abrigo de un álamo, la otra guía y yo.

LOS MARIDOS GRUÑONES



El.—¡Tú te has casado conmigo para obedecer, para darme siempre la razón!

Ella (con calma).—¡Hombre, alguna que otra vez debías tolerar que fuera yo la que quedara encima!

El.—¡¡En mí no se monta nadie!!

Si venían los francotiradores, con cederles el abrigo, en paz.

Afortunadamente, los cañonazos retumbaban cada vez más lejos, en sentido descendente. Sin duda se les habían bajado los humos a los artilleros, o eran los propios artilleros los que se habían bajado al sentir encima la noche.

Oye, tú—pregunté a mi compañera de álamo—. ¿Eran muchos?

—Todo el grueso de la izquierda francesa.

Me desconcertó un tanto la salida. En España no calculamos por el grueso de la mano, a lo sumo contamos por dedos... Pero, en fin, yo daría algo por saber cómo tienen en Francia la derecha.

Pero España está muy lejos. Mañana, si despertamos con salud, haré mi primera información, y recordaré desde estas alturas, al rayar el alba, que en la plaza de Oriente y en el paseo del Prado duermen mil vagabundos y vagabundas, mientras que una llave dorada y gruesa—tan gruesa como la izquierda francesa—abre la puerta de Palacio a los acordes del himno nacional...

¡Ah!, y que mientras allí duermen estas almas errantes, M. Poincaré ha publicado un edicto diciendo que la Francia está necesitada de hombres y mujeres que verifiquen la *moisson*, la re-

colección de pajas y granos... Cosas que ya no se recogen en el paseo del Prado...

Mi guía dormita profundamente, como si no estuviese en los macizos de los Vosgos. Yo me propongo hacerlo, también exento de preocupaciones, cual si en vez de dormir en los macizos hubiese de sestar sobre los blandos...

César Jalón.

Los Vosgos, agosto, 1914.

A una pecadora.

Tus ojos radiantes,
que brillan de placeres habladores,
con múltiples cambiantes,
imitando del fuego los colores,
me dicen, bella Rosa,

que viviendo esta vida eres dichosa.

A pesar de las borrascas de tu alma,
no reflejan tus ojos
cansancio de placer y sed de calma.

¡Yo envidio a los que gozan tal ventura!

Yo no puedo gozar, por eso tengo
el corazón enfermo de amargura.

J. García Serrano.



EL VIEJO VERDE



Una parisiense de las que se han refugiado en Madrid, creyendo que aquí no se había subido el precio de los artículos de primera necesidad, y se ha encontrado con que aquí se nos sube el pan con la mayor frecuencia.



HABLANDO CON „TOTO“

CONOCÉIS a Totó? ¿No? Pues no perdáis el tiempo; conocerla cuanto antes porque es una mujer encantadora. Guapa, joven, artista y madrileña. Totó ha triunfado como artista en todas partes donde ha trabajado. Totó ha triunfado y triunfará como mujer en donde se presente. Y habéis de tener en cuenta que a Totó no la protege Belmonte, no la pretende Joselito, no la obsequia Gaona.

Nosotros, a fuer de *viejos verdes*, hemos visitado a Totó, y hemos oído de sus rojos, carnosos y carmineos labios, de aquellos labios que cantó el poeta...

*No pienses, Totó, preciosa,
si tus labios fueron flor
y los míos mariposa...*

De sus labios, repetimos, hemos oído varias anécdotas amorosas. Hay varias que tienen mucha gracia; pero que no queremos publicar; vamos a contaros una que revela el ingenio de María Teresa.

No hace mucho tiempo que Totó trabajaba en una población importante del Noroeste de España. En el teatro hay un palco abonado por unos cuantos *calaveras*, que suelen «hacer el amor» a todas las artistas que en aquel teatro actúan. Estos enamoradizos caballeros son muy lenguaraces, pues cuentan sus conquistas amorosas. De esto se enteró Totó, y aquí viene el sucedido. María Teresa paseaba una tarde por la población, y ordenó a su *chauffeur* que parara frente a una bien surtida joyería. Uno de los conquistadores que la seguía se acercó, y, galantemente, la dijo:

—¿La gustan a usted las joyas?

—Más que una película de largo metraje— contestó Totó con su gracejo madrileño.

—Pues yo, que soy de la Sociedad de Palcos, ofrezco a usted, en nombre de mis compa-

ñeros, una pequeña alhaja. ¿La aceptaría usted?

—¿Y cómo no? Las artistas no podemos desairar a nuestros admiradores. Esta noche están ustedes invitados a una copa de champaña en mi cuarto.

El buen señor, que era un conquistador, reunió a sus compañeros, y, entre todos, adquirieron una lanzadera de unos *doscientos duros*, y, después que terminó la función, entraron muy ufanos a ofrecer la alhaja, dándose más importancia que si llevaran el *Gran mogol*. Totó mandó sacar el champaña, dos docenas de botellas, y después de apurar sendas copas aceptó María Teresa el estuche. Lo abrió y lo dejó displicente sobre la mesa.

—Si es de su agrado, esperemos que nos





La mayor.—Como le digas a mamá que me ha besado el primo, lloraré mucho y no te querré más.

La pequeña.—¿Y por qué no quieres que lo sepa mamá?

La mayor.—Porque se le ha metido en la cabeza que eso es muy malo.

acompañe usted a una pequeña excursión en automóvil—dijo el más atrevido de los admiradores.

—¿Acompañarles? Imposible; tengo un sueño feroz; en cuanto a la lanzadera es bonita; pero como poseo otras iguales, con permiso de ustedes se la voy a regalar a mi muchacha.

Y uniendo la acción a la palabra se la dió a su doncella, diciéndola:

«Toma, para que te acuerdas siempre de estos señores.»

Excusado es decir que los conquistadores se marcharon corridos como una mona y no volvieron a importunarla, porque se convencieron de que no se ha hecho el chocolate *pa* las mulas de collera. *Totó* quedó superiormente, y demostró que no es tan sencillo como dicen «hacer el amor» a una cupletista. *Totó*, nos consta, no se rinde por alhajas; atiende más al corazón que a la cabeza. Si así no fuera, tendría a estas horas más dinero que va a costar la movilización de los aliados.

ROSAS GALANTES

Azucena.

En la red amorosa de un pícaro estudiante desgarró el tenue velo de su casto pudor, y en el altar galante consagrado al amor es la más consecuente y perversa oficiante.

Son sus brazos de mármol cual cadena florida donde el amor se opresa con alegría loca

y es calor de placeres el cuenco de su boca. donde los besos cantan el himno de la vida.

Su cuerpo de jazmines y de azucenas hecho nació para los goces en mercenario lecho de espasmos infinitos lujuriosos sin fin.

Es su cuerpo sarmiento que al contacto de un beso se consume en el fuego de vesánico exceso contrayéndose en una pirueta de Arlequín.

Camelia.

Fué el azul luminoso del cielo sevillano el que vistió la pátina de sus magas pupilas, y del Betis callado las corrientes tranquilas regaron de sus labios el capullo lozano.

Con gemir de guitarras y canciones de amores forjó los bellos sueños de su cabeza loca, y los besos ardientes fueron para su boca el bálsamo tranquilo de todos sus ardores.

Una noche serena, de clara transparencia, deshojó ante la luna la flor de su inocencia sobre el verdor del campo que la brindó su lecho.

Y sintió en sus entrañas al gozar de la vida el estertor sublime de brutal sacudida que hizo temblar las ánforas de su divino pecho.



La nena.—¡Qué borrico eres; no me des más tirones del vestido! ¡Acabarás por rompérmelo!



¿DE QUE
ARTISTA
SON
ESTAS
PIERNAS?

Margarita.

Del rosal de la carne es perfumada flor
y su sangre es cual lava de encendido volcán,
en sus ojos de mora se boceta el afán
de temblar entre espasmos de inenarrable amor.

Ha gustado los castos besos de un soñador
y las sabias caricias de un burlesco Don Juan,
gozó con los caprichos de un viejo sacristán

y con las cortedades de un novel amador.

En el tosco camastro de un inmundo burdel
sintió quemar la sangre bajo la fina piel
cuando por vez primera gozó la iniciación.

Por la gracia del vicio es hoy en el hostal
la siempre preferida, la incurable vestal,
que sabe los resortes de dulce conjunción...

Fidel Prado.





Perla de Madrid es una muchacha muy bella, que posee bello negro y abundante hasta en lo blanco de los ojos.

Esta señorita, que es una cupletista modesta y simpática, poseía un amiguito, uno de los numerosos, claro está, que era título, marqués nada menos — sin atrocidad — muy espléndido con sus amigas, sobre todo, cuando éstas le proporcionan el placer de entretenerle graciosa y amablemente.

Excusamos decir que la señorita *Perla* hacía, con el pensamiento fijo en el rumbo del aristócrata, cuantas zalamerías y caprichos pudieran serle gratos al rico marqués, porque es rico y se lo llaman, naturalmente que teniendo en cuenta la cartera únicamente.

Perla era muy amiga de otra cupletista, cuyo nombre hemos prometido callar; pero que por su gracia y su salero parece un granito de cielo; una noche se le ocurrió a nuestra heroína presentar al marqués su amiguita, haciendo de ella tales alabanzas que el buen señor se creyó en el deber de comprobar si eran ciertos cuantos elogios hacía *Perla* de su amiguita, y, sobre todo, ciertos detalles por los que se comprendía que la recién presentada se hallaba completamente inocente de muchas de las cosas que ocurren a las mujeres en la vida y que luego dan lugar a disgustos más o menos chicos.

Y desde aquella misma noche el marqués ha dejado abandonada en una terrible soledad a *Perla*, y, en cambio, la amiga de ésta goza muy a menudo de su compañía. ¿Habrá averiguado el galán lo que quería?...

Esto es lo que ignora mi amiga, la señorita *Perla*, de Madrid, modesta cupletista, muy bella, que posee abundante bello en su rostro, en su pecho y en todas partes.

...
 Todos vivimos soñando; pero en ciertas artistas de *variétés* el sueño se convierte en delirio.

Anda por Madrid una señorita Ruiz, completa y absolutamente epatante. Su sueño es ser artista y su delirio es creérselo y hasta suponerse más que esa tontería de artistaza, que se llama Raquel Meller.

La otra noche un adulator le decía:

— Me han dicho que ha tenido usted un éxito formidable en Barcelona, casi tan grande como el de Raquel.

La señorita Ruiz sonrióse, y con ademán de niña y cara que pretendía ser inocente, respondió:

— Muchos amigos de ella así lo han dicho; pero yo no lo creo. He gustado mucho, y el público catalán me ha aplaudido como a ninguna.

Nosotros, que somos muy aficionados a las palabras gruesas, estuvimos por mandar a la señorita Ruiz de visita a una fábrica de puños.

Don Procopio.

LAS MUJERCITAS



La mamá.— ¡Te prohibo terminantemente que te asomes al balcón!

La nena.— ¡Pero, por Dios, mamá; te juro que aquello del cadete se terminó!...

La derrota de Vélez

VÉLEZ es un teniente de Cazadores. Vélez es un riojano alto y garrido, con unos colores de cara que dan envidia. Todo en él anuncia salud y vigor. ¡Vigor!

Además, Vélez es lo que se llama vulgarmente «un buen mozo».

Nuestro amigo es muy afortunado con las mujeres, y podría envanecerse de haber sido un competidor de su tocayo «el burlador de Sevilla» de vivir ambos en una misma centuria.

Sin embargo, Vélez está inconsolable. Todas las noches, llueva o haga calor, el bizarro teniente, vestido de paisano, gustaba de corretear por las calles de la cortesana villa, pródiga en aventuras.

Es fama que el teniente de Cazadores no perdía el tiempo en inútiles escarceos.

En su carrera triunfal Vélez tropezó con un obstáculo. El obstáculo era una mujer joven, «negraza», de ojos oscuros, grandes, profundos, misteriosos: ojos de esfinge...

Bueno; pues lo peorcito que tenía la mujer eran los ojos.

El esfinge, y como si fuera la ciudad de Lieja, resistió el primer ataque, el segundo, el tercero y cuantos intentó el denodado militar.

Ni asaltos, ni movimientos envolventes, ni estratagemas hicieron adelantar un solo paso a Vélez. La mujer, como el portugués del cuento, estaba *forte que forte*.

Vélez, desesperado, se batió en retirada. No estaba el tiempo para perderlo ante una muralla infranqueable, cuando había tantas plazas abiertas y prontas a acoger cariñosamente al invasor...

Pero de vez en vez Vélez recordaba su derrota, y la vergüenza aumentaba la roja coloración de sus mejillas.

Y he aquí que un día, cuando al mando de sus soldados desfilaba con el batallón de tropas ligeras, «sintió» que unos ojos quemaban su carne, y al volver la vista su mirada halló la del esfinge.

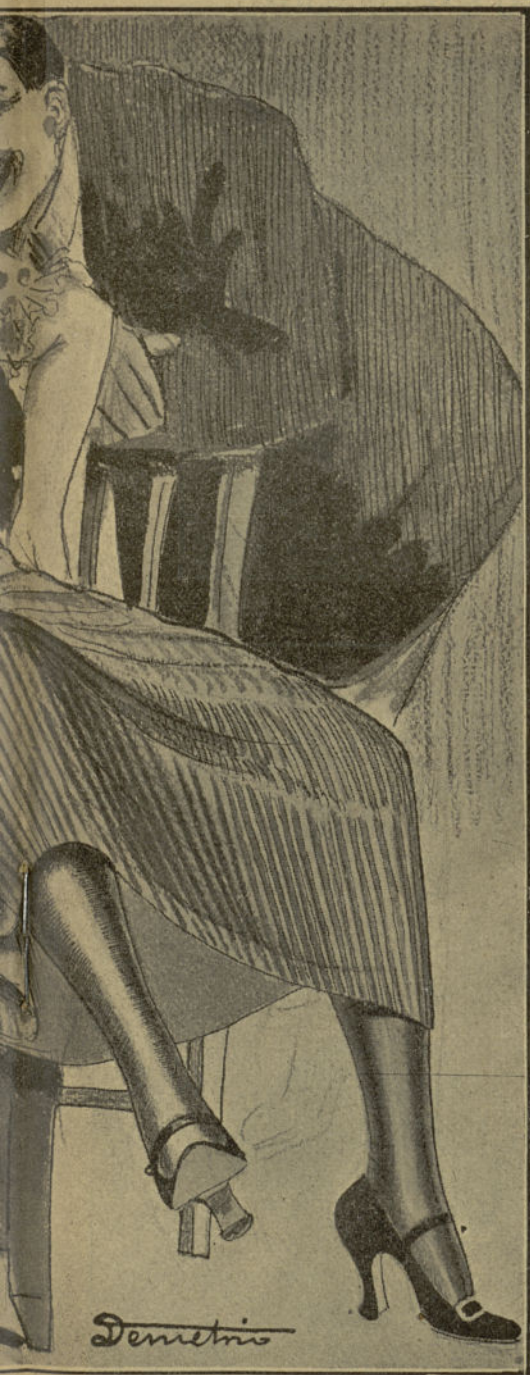
El esfinge estaba visiblemente emocionado. Sus ojos, aquellos ojos negros, grandes, profundos y misteriosos, tenían un brillo de animación, de alegría y de ternura. Diríase que tenían la propiedad de modular sonidos articula-



El.—¿Se decide u-ted?

Ella.—Pone usted unas condiciones muy duras

El.—Más duras las pone usted.



dos y que dejaban caer en los oídos del oficial de Cazadores promesas embriagadoras...

Vélez, a pesar del calor, se vistió durante varios días de uniforme, y cuando en sus paseos tropezó con la desconocida, inició un ataque brioso, que fué inútil, porque la plaza, a la llegada del enemigo, se rindió sin condiciones.

Un día nuestro protagonista tuvo la desdichada ocurrencia de visitar a la huri llevando el antipático traje de chaqueta.

¿Qué pasó? Vélez lo calla. Hubo de haber en la ciudad luchas por las calles, porque el asaltante se batió en retirada ante la actitud inexplicable de aquel enemigo desdenoso que fué antes amigo efusivo y plaza inexpugnable.

Y aunque calla la aventura, Vélez está inconsolable, porque ha comprendido que no fué la victoria de un hombre arrogante, sino de un uniforme de vivos colores.

J. Larios de Medrano.

EL LIBRO AZUL

Con voz más dulce que el trinar de un ave, «—¡No quiero! ¡No me beses!»—me decía; y con su mano delicada y suave sus lindos labios con temor cubría; pero, aun a trueque de causarle agravios, seguí en mis inocentes desvaríos, y el mimoso aleteo de sus labios fué interrumpido por los labios míos. Mientras duraba la tenaz porfía, cayó a mis pies desde su pecho núbil, un libro azul con arabescos de oro que la falsa escondía como esconde el avaro su tesoro. Para calmar mi agitación profunda, curioso el libro abrí sin que me viera, y asombrado, en la página primera, leí: *Besos que doy*; y en la segunda, trazados con nerviosos caracteres, vi, trémulo y mohino, cuatro nombres del sexo masculino. ¿Qué la dije? No sé; pero el ultraje de entre mis labios sin cesar brotaba; recuerdo que la pérfida lloraba calmando con su llanto mi coraje. Tenía de sus faltas la evidencia, pero era entonces de su amor esclavo, y al pedirme perdón tuve c emencia. Cuatro besos ¿qué son, al fin y al cabo?...

Lo grave fué que en el rojizo lomo del libro, leí luego: ¡QUINTO TOMO!

A. Serra Cubells.

TIPOS DE MUJERES SEGÚN SU NACIONALIDAD



Mujer serbia.

DE JUERGA

—¡Has cambiado tanto, chica,
que no te conozco ya!...

¿T'acuerdas cuando bajabas
al río por las mañanas,
y con el saco cargabas
como si no hicieras *na*?

—¡Ya lo creo que *m'acuerdo*;
pero lo quiero olvidar!...

Yo ya no soy la Felisa,
la hija de la lavandera,
¡soy la mujer verdadera
de un fabricante de pan!

—¡Pues yo, querida Felisa,
he *llegao* a mucho más!

¿T'acuerdas de Pepe el *Flauta*?

—¡No me tengo de acordar,
si en el baile Provisiones
le puso tibio a *morrás*
el querido de la *Sable*...

Rosa la *Escachifollá*!

—¿Dices eso de *verdá*?

¿Pero cómo? Ya lo creo...

—¿Es que lo vas a dudar?
Presentes estaban muchos
que te los voy a citar:

Estaba el *Melenas chico*,
el *Churrero* y el *Cuajá*,
el querido de la *Nati*,
Felipito el *Barrabás*,
el *Aplastao* y el *Pelanas*
y el *Peque*, de Fuencarral.

¡De mujeres, tontería...
pa qué las voy a nombrar!
Pepita la *Cantaora*,
Canuta la *Colorá*,
la *Chula de los lunares*...

—¡Y la corte celestial,
que con el paso que llevas
acabas de *madrugá*
de decirme embusterías
que yo no estoy *pa* aguantar!

—La cosa no es para tanto...

—¡Ni *pa* tanto ni *pa na*,
porque mi *flauta* es flamenco
y pega como el que más!



Esta también servía.

Será cuando tenga cola
 —¿Te vas a *pitorrear*?...
 porque yo pronto me canso
 y lo echo todo a rodar!
 —Pues por mí *pa* luego es tarde.
 —¡Tú eres una *descolgá*!...
 —¡A ti *l'andao* la bencina!!
 —Y a ti *l'andao* por morral...
 en la farmacia del Globo
 medio kilo de aguarrás!
 —¡Las cosas *s'hacen* así!
 ¡Esto pronto va acabar!
 Y se pisan el estómago,
 juegan con la yugular,
 tiran al suelo el cabello,
 se las pierde una *quijá*,
 se muerden en las pestañas...
 ¡Y se divierten la mar!

F. García Serrano.



Esta es una judía, aunque ella lo niega.
 ¡Miren ustedes que negar su patria!

SUCEDIDO

—¿Pero no sabes nada? Pues ha sido un escandalazo.

—Cuenta, cuenta.

—Pues verás, chica: el otro día estaban en el teatro el marqués de X con su esposa la guapísima Amelia, y como sospecha de ella escuchaba, haciéndose el distraído, la conversación que ella sostenía con el agregado a la Embajada, ese rubio. A una pregunta de él contestó ella: «Lo que más estimo son esos polvos.» No lo terminó de decir porque el marqués los quería lynchar a los dos. Luego resultó que hablaban de los polvos Borotal, que se venden en la farmacia y laboratorio de F. Bellot, Hortaleza, 17, y que dan al cutis esa frescura y esa suavidad que embellece a la marquesa.

EL VIEJO VERDE

CANTARES

Negro de mis entrañas,
 gitano mío,
 ¿dónde has *estao* anoche,
 que no has *venio*?

—
 Te haces con él en cuanto
 que vea el mimo;
 dale *coba*, chiquilla,
 que ése es un primo.

—
 Aunque la ves en palco
 frecuentemente,
 y pasear en coche
 constantemente,
 es una de esas pobres
horizontales
 que se familiarizan
 con los mortales.

—
 Cuéntate entre los difuntos
 que padecen de las muelas.
 ¡Pues no calza pocos puntos
 la mujer que tú camelas!

—
 Ni ésas son estanqueras
 ni son casadas;
 ésas son dos bollerías
 acreditadas,
 que viven en la calle
 del Mediodía,
 donde tienen, hace años,
 la bollería.

—
 No me mires de ese modo,
 porque se trasluce todo.

—
 ¡Ole ya las serranas
 sevillanitas,
 ya sean artesanas
 o señoritas!

—
 Chiquillo, es necesario
 que te comprimas;
 tan de veras me quieres
 que me lastimas.

—
 Mi alma: te llevas la palma
 entre todas las mujeres;
 pero ¡qué gitana eres,
 mi alma!

Eustaquio Cabezón.

CHISTES AJENOS

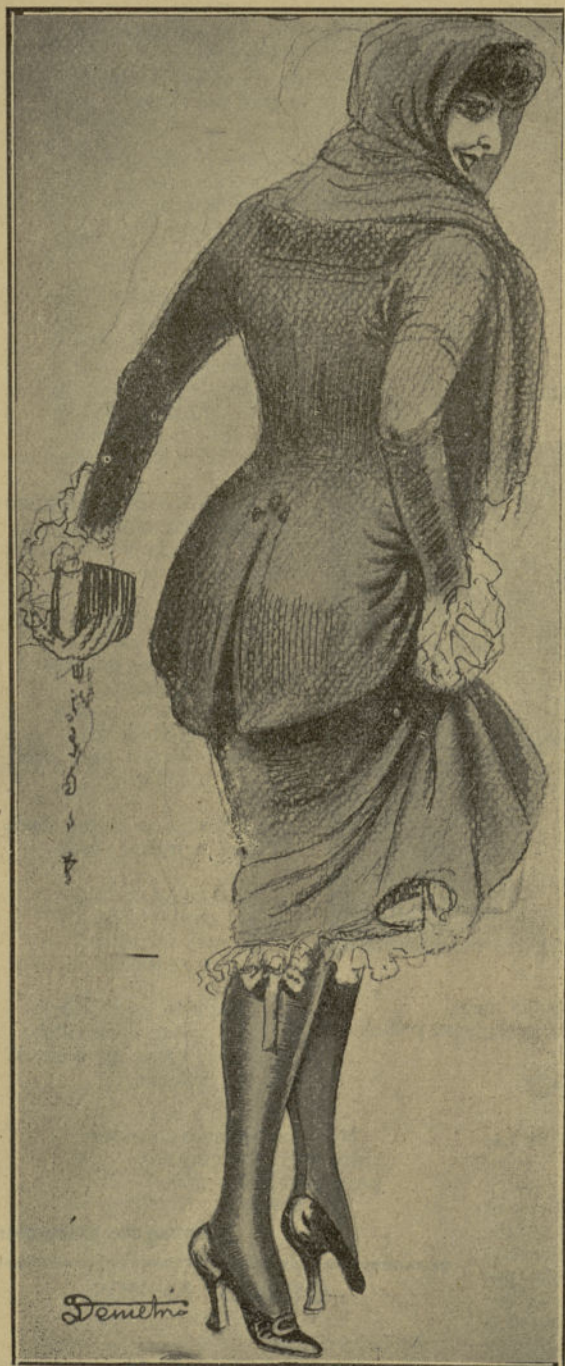
En la *kermesse*:

El.—Oiga usted, joven, en su casa no gastarán ustedes luz eléctrica, ¿verdad?

Ella.—¿Por qué?

El.—Porque sus ojos alumbran más.

Ella (con una gracia loca).—Pues le advierto a usted que no he alumbrado nunca.



Soy una viuda que va a pedirle a San Antonio bendito otro marido. Tengo mucha fe en el santo... aunque también espero mucho de estas medias que me he puesto hoy.

HAMBRE DE AMOR

Tú puedes hacer lo que gustes, prima mía; pero a mí me parece que ese matrimonio es muy desigual.

—Mira, Carlos; yo no veo otra desigualdad que la de tener mi prometido muchísimo más dinero que yo.

—Yo lo que veo es que te triplica la edad.

—Y eso, ¿qué importa?

—¡Una friolera! Escucha. El amor *completo*... vamos, el de marido y mujer, es así como una sabrosa comida, y desgraciada la mujer o desdichado el hombre que, al llegar a los postres, no encuentra su apetito satisfecho...

—¡Anda y que te zurzan con tus filosofías! No te entiendo.

—Pues procura no olvidar lo que te digo.

Así hablaban una tarde Carlos y Luisa, precisamente el día antes de contraer ésta matrimonio con un viejo rico y bien conservado, a pesar de sus cincuenta y ocho.

Carlos, como es natural, quería a su prima de *buen manera* y le aconsejaba lo que él creía prudente respecto a las deficiencias propias en un casamiento de una chica joven y bonita con un viejo caduco y extravagante.

Pero no hubo remedio; venció el positivismo, y al día siguiente Luisa era la esposa de D. Anacleto Castradillo.

..

Hasta que en el elegante hotel de los recién casados no cesaron el ruido y la animación de la gran fiesta, no se dió cuenta Luisa del arriesgado paso que acababa de dar.

En un rincón de la alcoba veía a su esposo que daba las últimas órdenes a un criado y cerraba la puerta.

Un sudor frío bañó su delicado cuerpo, y, sin saber por qué, pensó en su primo y en aquello de la comida y del apetito.

La cabeza comenzó a dar vueltas, y apenas notó cuándo el veje, cogiéndola por su flexible cintura, le decía con voz cascada:

—Vamos, hija mía. A dormir, que ya es muy tarde. ¡Uf! Estoy rendido...

—Pronto se rinde este hombre—pensó Luisa.



El señor empresario que no contrate a Juanito Vandel es un tal y un cual.

La Dirección.

Y como un autómatas comenzó a despojarse de sus galas de desposada.

El viejo seguía los movimientos de la joven, y en su chispeante mirada de sátiro se adivinaba algo extraordinario.

Tanta juventud, tanta vida, tanta belleza, le tenían anonadado.

De pronto se puso en pie, dió algunos pasos y cayó en brazos de la joven, estrechándola nerviosamente.

Son las cinco de la mañana.

En el hotel de los recién casados duermen todos; todos, menos Luisa.

Esta descorre el pesado portier de la alcoba y sale cautelosamente.

Sus hermosos y rasgados ojos aparecen orlados por profundos surcos amaratados.

No hay que pensar mucho para adivinar que no ha dormido.

Pero ¿dónde va a tales horas?

Sin hacer ruido, volviendo la cabeza atrás de vez en cuando, se dirige a un precioso armario, lo abre y saca una riquísima mantilla negra.

En un momento adorna su linda cabeza con los artísticos pliegues de la blonda, y con el mismo misterio, sale de allí cruzando los desiertos pasillos hasta llegar a la escalera del jardín.

Nadie diría, al verla iluminada por las rosadas tintas de la aurora, que era la desposada, la esposa feliz, dueña y señora de aquel suntuoso palacio.

La brisa, impregnada de suaves perfumes, parece que devuelve a la joven las perdidas energías.

Luisa detiene su paso en el centro de la escalera, respira con fuerza, como si quisiera llenar su pecho de purísimos aromas, y, lanzando un prolongado suspiro, exclama:

—¡Oh! ¡No puedo más! Carlos tenía razón... Sí; aquella comida... los postres... ¡Qué apetito! ¡Qué hambre tengo!

Y aligerando el paso salió a la calle, cerrando tras sí la pesada puerta de hierro.

Luisa sigue casada y feliz.

Carlos es visita constante de su casa.

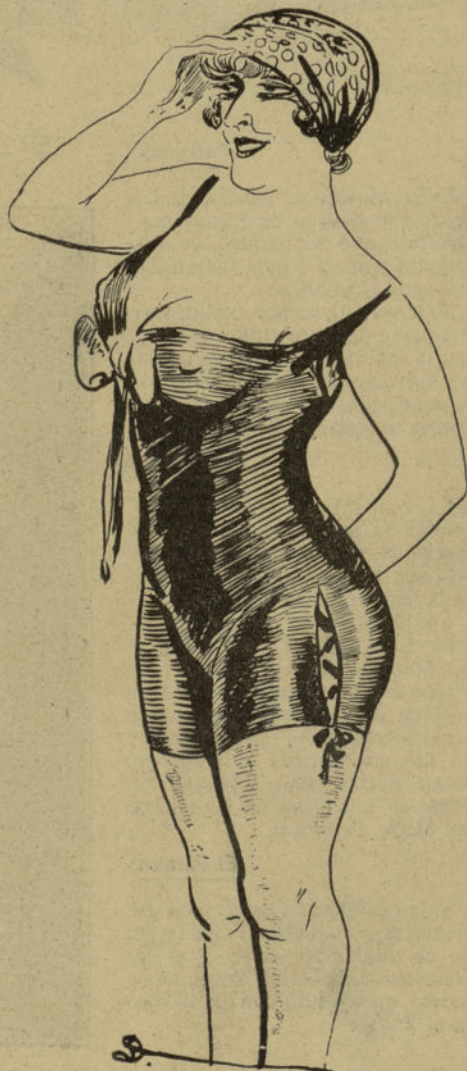
Y ella le llama *rico* y *suculento*.

A lo que él suele contestarle, dejándose caer lánguidamente sobre una butaca:

—¡Empachosa!

Jota.

¡LAS MUJ... RIQUÍSIMAS!...



¡Carambita: mi marido saludando muy cortésmente a la baronesa; eso lo considero una traición horrible; y eso me da derecho a decirle a Luis que sí, que es un tío con toda la barba y que le espero esta noche congestionada de amor por él!



Parisiana.

PAQUITA GIL

La revolución en Madrid la ha traído este parque de diversiones. Señores: qué barbaridad de estruendo arma la banda de música llamando al público.

Y, la verdad, no nos explicamos el porqué de tanto ruido, porque con la cantidad y calidad de mujeres que hay allí no hace falta reclamo de ninguna especie. ¡Lo juramos: ni reclamo ni vermut!

Magic-Park.

La compañía de este teatro de verano ha estrenado *La canción española*, que es un refrito de otra del mismo nombre estrenada en la temporada anterior.

Lo gracioso de esto es que la letra es de *Mihura* y del *Toro*, y la música de *Vives* y *Barrera*.

Con estos antecedentes, no tiene nada de particular lo ocurrido en el mencionado estreno; aquello fué una corrida de toros en pleno escándalo. Enteramente como en una faena de las *malas* del *Gallo*. Broncaza.

El Paraiso.

Sigue dando una barbaridad de llenos el gran artista *Foliers* (1). Se ha despedido, entre otras, la graciosísima bailarina *Amalita Escacena*, que debutó con gran éxito en el Retiro.



Paquita: cantas como Dios y eres más bonita que una onza. Viéndote, entran ganas de darse una *jartá* de moras, aunque dan indigestión. Sabemos de un chico que escribe que padece enajenación mental por tu palmito. Si quieres saber quién es, te lo diremos al oído; ¡ladrona!

(1) Hay que tener en cuenta, además, que la temperatura del parque y lo barato del espectáculo son grandes alicientes para que el público vaya todas las noches.



Muy bonito, muy elegante. ¡Cómo se conoce que lo ha elegido mi Pepe y lo paga mi marido!

LA MINUTA

(Cuentos de Mujeres)

I

Dos años llevaba haciendo como que ejercía la carrera, y dijo esto porque sólo pagaba la contribución, dándome pisto de abogado; pero los íntimos amigos conocían mi virginidad profesional.

Aquel año conseguí "plaza de oficio" y yo me solazaba pensando en los conejos y puros que, al igual de mis compañeros de Audiencia, me proporcionarían el honroso ejercicio de la profesión (como dicen en cursi los demás que usan birrete).

Tuve muchos asuntos.

La mayoría de lo criminal; pero de lo civil, ¡ah!, de lo civil me turnaron uno que podía dar honra y provecho. Sobre todo esto último.

Puse mi trabajo para alcanzar una victoria forense, y, al fin, la conseguí.

¡Aun me admiro! Era de justicia y lo gané con costas.

Estaba satisfechísimo. Firmé la minuta, la remití al procurador, y transcurió un día, otro, y después muchos, sin que vinieran a mis manos las tantas pesetas importe de la misma.

Yo gasté y gasté a cuenta de aquella minuta que esperaba, como los labradores en mayo aguardan el agua para sus trigales...

EL VIEJO VERDE

II

—¿Señorito Enrique?

—¿Qué hay?

Una señora enlutada pregunta por usted.

¿La conoces?

—No, señor; pero me parece que debe ser una cliente, porque trae papeles en la mano.

—Hazla pasar al despacho.

Donde llegué estirándome los puños, retorciendo las guías del bigote y acicalándome con la intención más o menos pecaminosa de agradar a la hembra que honraba la soledad de mi bufete.

Entré y quedé admirado al contemplar el armazón esbelto de aquella mujer deliciosa, con unos contornos encantadores y redondeces, que parecían modeladas en barro.

—¡Señora!

—¡Caballero!

Y el silencio que siguió a esta política salutación lo aprovechó la bella para levantar el velo que cubría aquella cara de facciones correctas, ojos negros, africanos y nariz hebraica, que ensanchaba sus fosas al tiempo que la respiración hacía ondular el pecho de la enlutada deidad.

—Soy la condenada en costas, y mi procurador dice que debo pagar a usted su minuta, presentada en esa apelación que se ha seguido a mis instancias...

—En efecto; sí. La minuta importa...

—No; eso no importa... Yo, la verdad...

—Pero siéntese usted, por Dios. ¡Qué lamentable descuido!... Ahí, en ese diván.

—Gracias—respondió la bella arrellanándose en el mueble forrado de peluche rojo, que crujió, sin duda, por la satisfacción

(Se continuará).

Imprenta de "El Mentidero...—Carrera de San Francisco, 13.



El tío de la tómbola.—¡Siempre toca, siempre toca!

Ella.—¡Olegario; que t'han visto!

ANUNCIOS TELEGRÁFICOS

Cinco céntimos palabra.

Se alquilan pianos para bodas y bautizos, y mamás para acompañar cupletistas.

Hace falta doncella que se haga la *longuis*.

Una señora, que ha corrido mucho mundo, desea conocer un hombre que la convenza. ¡Rediez con la tía!

EL VIEJO VERDE se pone a la disposición de todas las mujeres guapas mayores de quince años y menores de treinta y ocho.

Tu carta me dejó toda corrida. «Azurea.»

El huevero de esquina a Fuencarral vende la docena veinte céntimos más barato que nadie, porque le sobran huevos.

Queréis la felicidad? Asesinad a vuestra suegra y a todas las tías que tengáis.

Doncella de buena presencia falta para caballero solo. Buen sueldo y muy poco que hacer; estará acostada toda el día, si quiere.

También un matrimonio joven desea chico, aunque se conforman si es chica.

Hace falta chico para imprenta.

SOCIEDAD ANONIMA DE OMNIBUS

DE
MADRID

SERVICIO DE TRANSPORTES MARÍTIMOS

Esta Sociedad, en combinación con la *Compañía Trasatlántica Española*, se encarga de expedir desde esta corte toda clase de encargos y mercancías con destino a los puertos visitados por los buques de dicha Compañía en las líneas de Filipinas-Cuba-Méjico-Fernando Poo y Argentina.

Para tarifas y referencias DIRIGIRSE: a las oficinas Centrales, paseo de los Pontones, 2, teléfono 808, o a la Agencia-Sucursal, situada en la calle de Tetuán, núm. 13, teléfono 4.580.

GRAN PARQUE DE RECREOS

EL PARAISO



El más céntrico de Madrid, en la calle de Alcalá. Temperatura agradabilísima. Grandes atracciones: *Sports, variétés*, música, fiestas infantiles

BAR Y RESTORAN

EL PARAISO es el punto de reunión de la buena sociedad madrileña durante el verano.

Abierto tarde y noche.

EL VIEJO VERDE

CRÓNICA MUNDANA

SE PUBLICA TODOS LOS DOMINGOS - DIRECTOR: DEMETRIO

Arte, decencia y galantería :: Chismorreo de salones

y saloncillos :: Colaboración de los más notables escri-

:: tores :: Fotografías de bellezas ::

VENTA

Mano de 25 ejemplares... 0,75 cts.
Número suelto... 0,05 —
Idem atrasado... 0,10 —

SUBSCRIPCION

Subscripción en provincias, año. 3 pts.
En el extranjero... 8 —
En Madrid no se admiten subscripciones

ANUNCIOS

Línea del cuerpo 7 en las planas de anuncios... 0,50 cts.
Media plana... 35 ptas.

Plana entera... 70 ptas.
Línea del cuerpo 8 en las páginas de texto... 1,50 —

Descuentos por trimestre, semestre y año - Con grabados y fotografías, precios convencionales.

REDACCION Y ADMINISTRACION: FACTOR 4 - MADRID